

RACHEL BLACKMORE

COSTANZA

La Musa de Bernini

Traducción de:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

*Para mamá y mi hermana Kate
Y en memoria de Harriet*

Elenco de personajes

COSTANZA, SU FAMILIA Y AMIGOS

Costanza Piccolomini. Mujer de veintidós años que vive en Roma, Italia

Matteo Bonucelli. Marido de Costanza, escultor

Leonardo. Padre de Costanza

Tiberia. Madrastra de Costanza

Cecilia. Hermanastra adolescente de Costanza

Michele. Hermanastro pequeño de Costanza

Cleria. Hermanastra pequeña de Costanza

Giuliana. Mejor amiga de Costanza

Marco. Marido de Giuliana

Tomaso. Hijo de Giuliana

Luciana. Amienemiga de Costanza

Riva. Amiga de Costanza

Bluma. Novia de Riva

Mazzi. La partera

Nino Marotta. El boticario

Francisco Neve. El barbero cirujano

Livia. Criada de Costanza

Viuda Vanna Falto. Vecina de Costanza

Pulguillas. Gato de Costanza

Bess. Perrito de Costanza

LA CORTE DE BERNINI

Lorenzo Bernini. El escultor

Luigi. Hermano menor de Lorenzo, también escultor

Pietro. Padre de Lorenzo, también escultor

Angelica. Madre de Lorenzo
Dorotea. Hermana mayor de Lorenzo
Stefano. Lacayo de Lorenzo
Ranallo. Abogado de la familia Bernini
Paolo Panzetti. Escultor y tratante de arte
Caterina Panzetti. Esposa de Paolo
Giametta. Criada de Caterina
Finelli. Escultor que antes trabajaba con Lorenzo
Andrea. Escultor en el taller de la Fabbrica
Vincenzo. Escultor en el taller de la Fabbrica
Thibault Martinet. Artista amigo de Lorenzo
Makepeace. Enviado de la Corte de Inglaterra
Giovanni. Profesor de baile de Caterina
Franco Fortuna. Adiestrador de osos
Elena Merletto. Trabajadora sexual
Ennio Balotelli. Mercader de telas
Cristoforo. Sastre de la alta sociedad
Catherine Tezio. Prometida de Lorenzo

EL VATICANO Y LA AUTORIDAD

Papa Pablo V. Nombró niño prodigio a Lorenzo
Papa Urbano VIII. Mecenaz de Lorenzo
Cardenal Barberini. Sobrino de Urbano VIII y jefe de Lorenzo
El *governatore* Marcello Sageze. Miembro de los *sbirri*, la policía callejera

LAS MUJERES DESCARRIADAS

Rosa
Lisbetta
Serafina
Carlotta
Silvia
Lucia
Frederica
Carmina

LAS HERMANAS DE LA CASA PÍA

La abadesa

Hermana Benedicta. Comité de bienvenida

Hermana Chiara. Comité de bienvenida

Hermana Zita. Dirige la enfermería

Hermana Apollonia. Atiende a las mujeres

Hermana Illuminata. Supervisa la lavandería

Hermana Lidwina. Secretaria de la abadesa

Hermana Perseveranza. Atiende a las mujeres

Prólogo

Se acumulan los malos augurios

Roma, agosto de 1638

A PESAR DEL intenso calor, el hombre aprieta el paso —medio caminando, medio corriendo— por las calles de Roma.

Es media mañana, el sol está en lo alto y todos aquellos que tienen un empleo remunerado se encuentran afanados en su trabajo. Las calles están abarrotadas de vendedores y en el aire late la percusión estridente de canteros y carpinteros. Un himno extraño, de martilleo y serrucho, tocado para la mayor gloria de Dios.

Dicen los supersticiosos que se acumulan los malos augurios. Este calor, murmuran, es letal. Los ancianos y los enfermos —sus cuerpos ya reseco por la edad y la agonía— mueren más rápido de lo que da tiempo a enterrarlos.

Luego estaba ese sacerdote barnabita que fue alcanzado por un rayo mientras rezaba de rodillas en San Carlo ai Catinari. Dime si eso no es una señal del descontento divino.

La vecina de alguien oyó decir a la amiga de su hermana que el santo padre estaba cubierto de lesiones y que grandes lenguas de fuego consumían su cuerpo cuando exhaló su último suspiro. Por no hablar del incendio del barrio judío, cuyas viviendas fueron devoradas por las llamas como si fueran yesca.

Todo es una señal.

El polvo se levanta desde los pies del hombre, le cubre las calzas, se le pega a los ojos, le hace escupir mugre seca por la boca. Se siente intensamente vivo. Más vivo que nunca. Su cuerpo se estremece y se deleita con la aceleración de los músculos al tensarse y estirarse contra sus huesos a cada paso.

Este hombre es el criado de un artista, un famoso escultor que crea en mármol retratos de papas y reyes tan realistas que la gente se piensa que las cabezas de piedra podrían empezar a hablar en cualquier momento.

El criado lleva dos cántaras de vino. Tiene las palmas de las manos resbaladizas, húmedas de sudor, y agradece el cordel que va enrollado en la parte superior de cada recipiente para evitar que resbale. Las aprieta con más fuerza y las fibras ásperas de la cuerda se le clavan en las palmas, levantando pequeñas ronchas en la piel, pero no se inmuta ante esta mortificación de la carne.

En el bolsillo de las calzas del criado hay una navaja, doblada con cuidado sobre sí misma. Siente el peso tranquilizador del arma, que choca contra su pierna a un ritmo constante (clac, clac, clac) mientras avanza apurado. La hoja es del tipo que usan los artistas. La mejor que se puede comprar. El filo del metal reluciente ha sido afilado con piedra y con el propósito particular de herir.

El sirviente tiene órdenes. Instrucciones muy específicas. Hoy hará justicia. Se apresura con el corazón latiendo acelerado por el potencial, la posibilidad, la expectativa de su acto.

PARTE I

1

Los comienzos

Roma, enero de 1636

ESTAMOS EN ENERO, llamado así por el dios Jano. Un pagano. El dios de los finales y los comienzos, el que mira en ambas direcciones, hacia delante y hacia atrás. Algunos días el sol sale bajo y baña la ciudad de Roma en una luz suave y cálida como el aliento de un bebé. En otros, el frío te atraviesa como una espada.

Este es uno de esos días.

Dos copas de oporto color rubí están servidas sobre la mesa a la que me siento, que ha sido frotada con limón y sal con tanto esmero que casi ha perdido su color. Tengo los dedos de los pies apretados por mis mejores medias, estiradas con cuidado a lo largo de mis pantorrillas y atadas con elegancia a la rodilla con una cinta escarlata. Para ayudar a la fertilidad. Poso los pies en el suelo, que ha sido barrido y fregado. En el ambiente se respira un aire de limpieza, aromatizado con cítricos e ilusiones.

Dado que nuestra vivienda consiste nada más en dos habitaciones pobremente amuebladas, podría dar la impresión de que dicha limpieza ha sido un trabajo rápido. No es así. Me he pasado la mayor parte del día con las enaguas recogidas en la cintura y el pelo pegado a la cara para dar un buen repaso a esta casa. Las cortinas de la cama están sacudidas, el colchón aireado, las sábanas lavadas y dobladas y los preciosos candelabros de plata de mi madre brillan. Suspiro y me rasco las uñas donde la

piel está en carne viva. Albergo un odio fuera de lo común a fregar, quitar el polvo y frotar.

Arreglarme es un pasatiempo que me gusta más: untarme en la cara preparados secretos de habas remojadas en miel y leche de cabra. Debido a mi frente amplia, no soy tan bonita como otras, por lo que realzar mis mejores atributos no es tanto una cuestión de vanidad como de *sensatez*.

La campana de Sant'Andrea delle Fratte suena cuatro veces, sonora y grave.

Mi marido llega tarde.

Cojo la copa. El primer sorbo sabe a falso placer, una alegría rosada que se desliza con facilidad hacia mi estómago vacío. Vuelvo el rostro hacia el fuego y cierro los ojos, como un gato en busca de calor. He prendido el fuego en cada una de las habitaciones. Mi madrastra, Tiberia, estaría horrorizada.

«¿Dos fuegos? —la imagino gruñir—. No te he criado para que seas tan derrochadora. Ese gusto por el despilfarro debe de venir de tu madre. ¿Qué hay de malo en ponerse un chal?».

Pienso en esto por un momento. Aunque soy una persona de humores acalorados, hace una noche tremendamente fría. Me inclino para coger otro leño de la cesta que tengo a los pies y siento su agradable peso en la mano.

Tiberia no es la señora de esta casa. Yo, Costanza Piccolomini, sí lo soy. Y, es más, mi marido, Matteo Bonucelli, está saliendo adelante en este mundo. Ha recibido un nuevo encargo de Lorenzo Bernini.

Bernini.

«Es todo gracias a mis oraciones», había dicho Tiberia con los labios fruncidos mientras preparaba la comida el domingo pasado. «Rogué una señal que favoreciese a Matteo —añadió—. Que se abriese una puerta para que la abundancia llegase a mi familia. Y así ha sucedido».

Yo seguí revolviendo la olla en silencio. Mi madrastra suele estar más satisfecha consigo misma de lo que debería. No fueron

las plegarias de Tiberia, sino el talento de mi marido, lo que llamó la atención de Lorenzo Bernini.

Porque Bernini es un hombre que sabe esculpir, que hace milagros con el mármol de Carrara y convierte la roca inquebrantable en carne de lo más tierna, que tiembla y se ondula. Un hombre cuyo talento es capaz de recrear las complejidades del encaje más fino a partir de la piedra más tosca. Es más, Lorenzo Bernini es famoso en toda la cristiandad. Íntimo amigo del papa, agasajado por los príncipes, aplaudido por cualquiera que sepa un poco de arte como el mejor escultor de toda Europa.

Lanzo con desidia el leño pequeño que tengo entre las manos a las llamas. Tiberia tenía razón en una cosa: el nuevo encargo de mi marido supone un poco más de abundancia en nuestro modesto hogar, así que, ¿por qué no debería disfrutar yo de una pizca de lujo?

Por fin escucho los pasos de Matteo. Podría haber cien hombres subiendo las escaleras, que yo siempre seré capaz de distinguir los pasos de mi marido. Pesado como un buey, pisa con tal convicción y autenticidad que nadie podría dudar de que aquí viene un hombre honesto.

La puerta se abre y el cuerpo orondo de Matteo llena el marco. Al ser tan alto, se ve obligado a agachar la cabeza para entrar.

—Buenas tardes, esposa. ¿Qué tal? —pregunta mientras me pisa el suelo recién fregado con sus sucias botazas y deja huellas fantasmales de polvo de mármol a medida que avanza. El calor arde en mi vientre. Me levanto de forma abrupta, toda enrabietada, roja de ira.

Me entran ganas de gritarle: «¡No me pises el suelo, hombre descuidado! ¡Tú y esas enormes botas! Me he pasado una eternidad frotando».

Pero soy consciente de que mi velada no mejorará con una regañina. En su lugar, reprimo el pensamiento, me abro de brazos y saludo a mi marido con una sonrisa amable.

—Estoy bien, esposo. —Mis ojos se posan momentáneamente en el suelo. —¿Qué tal fue tu día?

—Frío. Pero no debemos quejarnos.

Matteo se sienta en su silla habitual y me arrodillo a sus pies para ayudarlo a quitarse esas botas afrentosas.

Sin quitarme los ojos de encima, se inclina para besarme en la mejilla.

—Eres una buena esposa —dice.

Esas palabras calman mi calor como agua de río vertida sobre el fuego. Sé que soy afortunada por tener un buen marido: uno que no es un pendenciero, ni insolente, ni está siempre ebrio. A pesar de sus pies sucios, en nuestros cuatro años de matrimonio Matteo nunca me ha gritado ni una sola vez, al contrario de lo que hacen otros hombres de nuestro barrio, vecinos que escupen palabras mezquinas a sus esposas. A veces me parece ver su aliento con olor a odio ascendiendo como niebla en la noche.

—Toma. —Me levanto y le ofrezco la bebida lista y esperando en la mesa. Se la toma de dos tragos antes de devolverme la taza vacía para que la rellene—. Comeremos antes de irnos.

Traigo más oporto, luego corto salchichas secas en rodajas finas y las dejo caer con regularidad sobre el plato de peltre, medio carcomido por los bordes. El aceite color óxido gotea en mis dedos, tiñéndolos del color de la tierra roja y dejando mi piel impregnada con aroma de pimentón dulce y ajo.

Matteo come con deleite y yo observo con satisfacción afectuosa. Hay algo muy favorecedor en la forma en que abre los labios, dejando al descubierto unos dientes tan grandes que el propio Júpiter estaría orgulloso. Hablamos de su nuevo encargo, esculpir querubines para la Basílica de San Pedro en el taller de la Fabbrica, el taller de Dios, donde los hombres sudan y laboran mientras tallan piedra y funden bronce.

El agradable estruendo de la voz de Matteo llena la habitación, a pesar de estar rasgada por el polvo que respira, y sus bigotes arenosos bailan deliciosamente en su barbilla mientras

habla. Entre bocados, me cuenta los diseños que le han encomendado. *Putti* rollizos con rizos celestiales, dedos pícaros y regordetes y una sonrisa bailando en sus pequeños y carnosos labios.

Cuando Matteo habla de Lorenzo Bernini, el arquitecto jefe —«Il Cavaliere», como él lo llama—, es como si estuviera describiendo a una deidad. Un talento prodigioso, una maravilla humana que posee tal destreza con el cincel que los hombres del taller de la Fabbrica no pueden más que quedarse boquiabiertos. Movimiento, acción, drama, teatro: las esculturas de Bernini lo tienen todo. Tamaña fascinación resulta de lo más inusual viniendo de mi esposo, un hombre tan ecuánime que podría rivalizar con la báscula del panadero.

Cuando termina de comer, traigo ropa limpia y Matteo se desnuda frente al fuego; su cuerpo fuerte se flexiona en la penumbra.

—Deberíamos darnos prisa —dice, abrochándose el jubón—. Los hombres se estarán reuniendo y no queremos llegar tarde.

Siento una leve molestia. Llevo mucho tiempo esperando.

—No era necesario que pasases a recogerme. Podría haber ido yo sola. Conozco bastante bien estas calles.

—¿Cómo? ¿Y que la gente diga que Matteo Bonucelli no se ocupa de su mujer? Las calles no son seguras. Andar sola es *invitar* a que haya problemas, porque las únicas mujeres que salen a pasear solas son las ramera de los burdeles, que ahora están cerrados.

Me estoy abrochando la capa, pero mi espalda se endereza cuando me giro.

—¿Crees que me tomarían por una ramera?

—No —responde Matteo con tacto, mientras se pone las botas—. Estoy diciendo que a los hombres les da igual que seas o no una ramera. De cualquier modo, irían a por ti.

—Los hombres son una amenaza —digo mientras me recojo la capucha—. Bueno..., la mayoría. —Lo miro conciliadora y él me ofrece una sonrisa—. ¿Guantes y farol?

Coloco los guantes de mi marido sobre la mesa. Están bien tejidos, con áspera lana marrón, no por mi mano, sino por los meticulosos y rápidos dedos de Tiberia.

—¿Dejo el fuego encendido?

—Pon la pantalla, pero déjalo encendido.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios ante la expectativa de acabar la noche en los brazos de mi marido, pues quiere tener la casa caliente y lista para nuestro regreso.